



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Cuestión de tiempo

Un análisis de la aceleración social

Matter of time

An analysis of social acceleration

Autor

Javier Lapuente García

Director

Juan Manuel Aragüés

Universidad de Zaragoza

Facultad de Filosofía y Letras

2024

Si naciste en los dos mil, probablemente;

Mensaje. Notificación de Instagram.

Vas a clase y sufres media hora de un transporte publico abarrotado mientras escuchas algún podcast o escuchas el nuevo álbum de Taylor Swift. Asistes de 6 a 8 horas a clase y trabajas los fines de semana para poder estudiar para poder trabajar.

Mensaje. Mensaje. Correo electrónico promocional.

Tienes algo de tiempo y aprovechas para ir de compras, pero ese tiempo nunca es suficiente, Zara, Bershka, Shein, Adidas, llenan tu móvil de apps. Te da pereza ver una serie muy larga, así que acabas viendo una película en Netflix o videos en YouTube. Vas al gimnasio y ahora tu entrenador personal es la app del propio gimnasio.

50% descuento en Burger King.

No puedes dormir y la pantalla de tu móvil ilumina tu cara, TikTok, influencers, trends y videos de gatitos. Muchos videos de gatitos. Acabas durmiendo menos de lo que querías (ya ni hablemos de lo que recomiendan los médicos). Te pones a estudiar o a leer y tu concentración dura poco más de una página. El móvil, el ordenador, la tablet, el mínimo ruido te saca de ese proceso. Resignado e incapaz, te dejas caer en la tentación.

Café. Mensaje.

No estudias idiomas porque para eso ya está el traductor, no estudias letras porque existe la Wikipedia. Los diccionarios son algo que tiene tu abuelo en una estantería, tú haces una búsqueda rápida en Google. Escuchas que la poesía es un hobby del siglo pasado y que el futuro está en estudiar ingeniería.

Notificación. Alarma.

Has pasado de llevar una agenda a tener el calendario en el móvil, la lista de la compra en un grupo de WhatsApp, el recordatorio para la pastilla en una alarma... El videoclub, los cibercafés ambos los tienes ahora a golpe de clic. Has visto como la ciudad se ha modernizado y ahora el transporte público te permite ir de una punta a otra de la ciudad fácil y rápidamente.

SMS Estafa. Spam.

Quieres leer un libro o tienes un regalo que hacer, abres Amazon y al día siguiente lo tienes en casa. Apenas te cuesta veinte minutos de tu tiempo.

**Todo va más rápido, todo es más sencillo,
pero no tienes más tiempo libre.**

El mundo de trabajo moderno:

Te levantas y mientras se hace el café revisas las ultimas noticias en Twitter o cualquier medio de prensa digital.

Tomas el metro para ir al trabajo e intentas leer un libro rodeado de gente que, al igual que tú, aprovecha su único momento no productivo del día.

Trabajas con suerte ocho horas y vuelves a casa revisando los correos electrónicos que no te dio tiempo a revisar en el trabajo.

Llegas a casa y te tiras agotado en el sofá, donde dejas los programas pasar en la televisión mientras de nuevo miras el móvil; respondes mensajes, revisas Instagram, WhatsApp, Twitter o tu red social favorita.

Llega el fin de semana y preparas la comida para toda la semana, pones un par de coladas y todo ello mientras la televisión o la radio de fondo te bombardean de noticias. Aprovechas el poco tiempo restante para hacerte ese curso de inglés a través de tu móvil que viste casualmente en un anuncio.

Te vas de vacaciones y le das tu número a tus compañeros por si acaso surge algo. Por supuesto, durante éstas, te llevas el portátil por lo que pudiera pasar y, por si fuera poco, estás pendiente de cada notificación que enciende la pantalla de tu móvil o emite ese quebrantador sonido de alerta

Guion

0. Introducción.....	4
1. La aceleración social	5
1.1 Los motores de la aceleración social	9
1.2 El sujeto de rendimiento o <i>animal accelerans</i>	14
2. La perspectiva ética de la aceleración social	18
2.1 La vida buena.....	18
2.2 IAs, transhumanismo y dominio de la naturaleza.....	24
3. Conclusión: La posibilidad de futuro acelerando	28
4. Bibliografía.....	30

0. Introducción

Para este análisis de la aceleración social, en el primer capítulo se analizarán las causas y los motores de la aceleración, ¿qué es la aceleración social?, ¿qué es lo que acelera?, ¿qué lo motiva? En esta línea se seguirá la fundamentación de la teoría crítica de Hartmut Rosa, sociólogo y filósofo alemán. Sentadas estas bases se analizarán las implicaciones que tiene esto en nuestra vida personal y en el desarrollo y búsqueda de una vida buena.

Los textos de la primera página pretendían llevar al lector a situaciones cotidianas, unas que, aunque el lector puede no haber vivido con exactitud, puedan resultarle posibles, verosímiles o cercanas. Son situaciones comunes que todos nosotros podemos identificar como reales de nuestra propia vida o de la de nuestros allegados. El presente ensayo pretende desarrollar el telón de fondo de esas situaciones, las cuales se resumen en la máxima con la que concluía uno de los textos, *todo va más rápido, todo es más sencillo, pero no tenemos más tiempo libre*. Vivimos cada vez de forma más rápida que antes, esto es, realizamos cada vez más cosas —tareas, experiencias, relaciones— en el mismo tiempo que hace unos años; sufrimos una aceleración del ritmo de vida. Este ensayo pretende abordar lo que se conoce como aceleración social y sus causas. Esto será abordado desde el punto de vista de la filosofía social, la ética y la sociología y no desde el punto de vista económico y técnico que ciertos sectores revolucionarios —aceleracionistas de izquierdas y turbocapitalistas— que ven en esta aceleración la posibilidad de cambio del statu quo mediante la aceleración *ad infinitum* hasta el colapso de los sistemas, tras los cuales se abre la posibilidad de un nuevo comienzo.

1. La aceleración social

Durante el siglo pasado, nuestros antepasados pusieron sus esfuerzos en desarrollar mejores barcos, máquinas de vapor y raíles que permitieran a las personas desplazarse más rápido. La concepción de progreso que persigue nuestra tradición desde la ilustración es una concepción lineal del tiempo. En esta concepción el progreso se presenta de manera asintótica, es decir, sin fin, no somos capaces de imaginar un momento de nuestra historia futura en la que ya no haya más allá. El cine de ciencia ficción es claro ejemplo de ello. La tecnología sigue un sueño utópico e inalcanzable.

El desarrollo económico, el de la tecnología, ha seguido un sueño, el progreso. Ese sueño del progreso prometía grandes cosas, como acabar con la escasez o con la ignorancia, nos iba a dar más tiempo libre al facilitarnos las tareas, iba a hacer el mundo más accesible... Lo cierto es que las tecnologías se han desarrollado enormemente, pero el sueño sigue siendo el mismo, no se ha logrado cumplir pese a todos estos avances. El mundo sigue siendo igual de desigual, e incluso, podríamos decir que, gracias a la tecnología el mundo es todavía más desigual. Con ayuda de la tecnología íbamos a tener una mejor vida e íbamos a poder controlar nuestras vidas, pero lo que ha ocurrido es lo contrario; no tenemos más tiempo, tenemos menos y más bien los controlados parecemos ser nosotros por la tecnología. En este sentido, pensemos en Apple y sus iPhone, año tras año sale un nuevo modelo, ¿quién puede necesitar un nuevo modelo un año después del anterior?

De hecho, resulta paradójico que, aun con un modelo nuevo cada año, sigamos teniendo los mismos problemas que hace diez años. Recuerdo mi primer teléfono inteligente, memoria RAM limitada, almacenamiento limitado, conectividad lenta... y sin embargo esos mismos problemas los sigo teniendo hoy, diez años más tarde y con un dispositivo con características diez veces superiores. Con esto no trato de sostener que el avance tecnológico no sea real, sino que ahí hay algo más. Con el aumento de potencia que experimentamos en todos los ámbitos tecnológicos viene aparejado un aumento de tareas por unidad de tiempo que realizamos; de ahí la aparición de conceptos como el *multitasking* o multitarea, nos hemos convertido en incapaces de hacer una sola cosa al mismo tiempo. Mientras vemos una serie estamos pendientes del móvil o leyendo un artículo, mientras limpiamos o cocinamos escuchamos un podcast o preparamos un curso.

Todo esto que en párrafos anteriores he ido describiendo es lo que se conoce como aceleración. Hartmut Rosa es uno de los filósofos contemporáneos que más energías han

invertido en la investigación de suceso. En este sentido, Rosa, plantea que su motivación es hacer una teoría crítica que reconecte las ciencias sociales con la vida de las personas. Para ello el filósofo se pregunta, ¿qué es una vida buena? y, ¿por qué no la tenemos? El filósofo siente que la filosofía no está siendo capaz de dar cuenta de que es realmente lo que le ocurre a la sociedad y por ello aborda un análisis de la estructura misma de nuestras sociedades poniendo especial enfoque en los patrones temporales. Es aquí donde Rosa introduce su concepto de aceleración, ya que considera que si algo caracteriza a la modernidad es la aceleración a la que sus estructuras están sometidas. Sostiene que,

“Las estructuras temporales modernas cambian de una manera muy específica y predeterminada; están gobernadas por las reglas y la lógica de un proceso de aceleración que se encuentra vinculado de manera indiscernible con el concepto y la esencia de la modernidad” (Rosa, 2016, pág. 10)

Aceleración y modernidad están intrínsecamente unidas. Como tal, la aceleración no tendría que ser algo malo; a simple vista, no aparece ningún argumento en contra — salvo el reaccionarismo—. Sin embargo, Rosa sostiene y desarrolla que a esta aceleración le acompaña una profunda alienación obstáculo principal, para que podamos desarrollar eso de lo que partíamos: una buena vida. Las sociedades modernas se caracterizan por un marco temporal que no resulta ético, un marco como veremos más adelante, que solo responde al incremento del capital. En línea con lo que sostenía Weber en *La ética protestante*, la pérdida de tiempo es el más mortal de los pecados. Y es que como vaticinaba Foucault, la sociedad del neoliberalismo es una que ya no oprime mediante la represión, sino que son las convenciones sociales las que lo hacen. Esto lo desarrollaré más adelante, pero es importante señalar que esto sucede porque resulta más productivo un obrero que se cree jefe, libre y responsable de sí mismo, que un obrero coaccionado físicamente. Hemos pasado del deber, al poder. O lo que es lo mismo, en palabras de Han, hemos pasado de una sociedad disciplinaria basada en la fuerza represiva de las prohibiciones a una sociedad liberal caracterizada por el rendimiento.

Sin embargo, ¿qué es exactamente lo que acelera?, ¿es la vida en general?, ¿acaso una hora ya no es una hora? Al analizar este nuevo marco temporal de la modernidad, Rosa distingue tres aceleraciones distintas, la tecnológica, la del cambio social y la del ritmo de vida. La tecnológica es la más intuitiva, es la mencionada al inicio de este capítulo, la que se relaciona con las comunicaciones, el transporte y los procesos productivos. Esta aceleración se nota en los ejemplos que daba al principio, nuevos

dispositivos móviles más potentes cada año, mejoras de los transportes etc. En este sentido, propongo revisar el momento en que, a mi juicio, se popularizaron los teléfonos móviles inteligentes, a principios de la década de 2010. La aparición de los smartphones ha revolucionado no solo las comunicaciones, sino toda nuestra vida: comunicación, ocio, trabajo... Todo es ahora más rápido que hace doce años gracias a los avances tecnológicos.

Una de las primeras consecuencias de esta aceleración es que el tiempo se ha vuelto capaz de comprimir el espacio, es decir, dadas las mejoras en transportes y comunicación, las distancias se han reducido exponencialmente. La masificación de las sociedades de consumo en un contexto donde el espacio cada vez tiene menos relevancia ha hecho que precisamente los lugares pierdan su importancia. Los espacios son solo espacios vacíos que rellenar y rellenar por lo que sea, no importa qué. Augé llama a estos lugares *non lieux* porque son lugares que han perdido su historia, identidad y relación. Lo que antes era un museo, un banco, ahora se ha ocupado con una cadena de comida rápida; parece, por tanto, que esa mística que podían tener los espacios ha desaparecido en pro de espacios inertes.

En segundo lugar, tenemos la aceleración del cambio social, esto es, la misma velocidad del cambio está acelerando. Los cambios son algo constante en nuestra historia, las sociedades han ido cambiando y evolucionando durante toda nuestra historia, sin embargo, esos cambios y evoluciones con la llegada de la modernidad se están acrecentando, siendo cada vez más tempranos y menos duraderos. Esto se traduce en que de alguna forma vivimos en tiempos más inestables, antes de que hayamos asentado un periodo del tipo que sea (económico, tecnológico, político) surge uno nuevo y cada vez estos ciclos se suceden más rápido. Podríamos decir por tanto que, a cada etapa temporal, a cada presente, le corresponde un horizonte de posibilidad, unas expectativas, unas prácticas... esto es lo que está cambiándose, cada vez esas expectativas se cambian más rápido, los ciclos se acaban más rápido que antes. En la sociedad actual crecientemente acelerada el presente, en este sentido sociológico que vengo repitiendo, se contrae, se hace cada vez más corto. Significa que constatamos una pérdida de confianza cada vez más rápida en las experiencias del pasado y las expectativas del futuro. Las expectativas del futuro frustran más porque cada vez más deprisa llega el futuro de forma imprevisible. Y esta experiencia la tenemos cada vez más y más frecuente conforme avanza la sociedad.

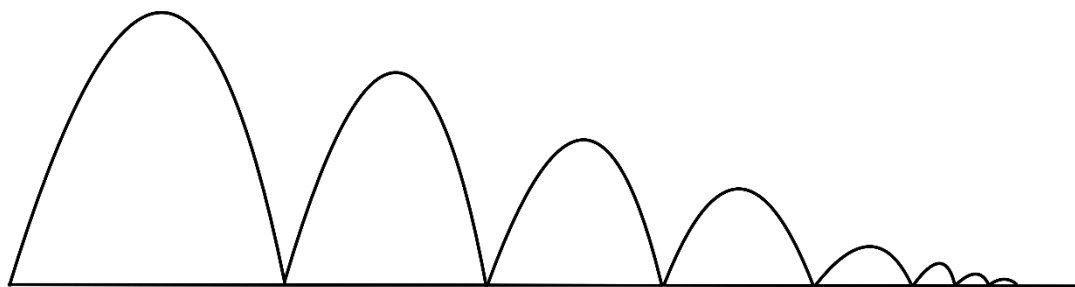


Ilustración 1 - Ciclos temporales

Podríamos definir estos ciclos como el bote de una piedra en el agua, como se ve en la imagen al principio los ciclos serían más grandes, pero poco a poco cada vez son más cortos hasta que finalmente, se agotan. De momento dejo este final en el aire.

En este sentido, Rosa plantea algunos ejemplos bastante esclarecedores: algunas estructuras monolíticas de nuestra sociedad como la familia o el trabajo han pasado de ser algo estable de manera generacional a ser algo inestable. Esto comprende desde el hecho de que en etapas iniciales de la modernidad la gente tendía a permanecer en un oficio toda su vida y ahora nos encontramos en un cambio constante, en un renovarse y seguir adelante. Pero también incluye casos como los números de teléfono de referencia que aprendemos, mientras que antes las personas tenían un número durante toda su vida, las instituciones uno propio... ahora cada vez cambiamos más rápido de número, de dirección, de correo electrónico...

Por último, nos encontramos con la aceleración del ritmo de vida y el enfoque principal de este trabajo. El aspecto más acuciante y sorprendente de la aceleración social es lo que Rosa llama el hambre de tiempo. En este sentido podríamos hablar de dos vivencias, la primera que sentimos que se nos acaba el tiempo y la segunda que vivimos más rápido que nuestros antepasados. Rosa define esta aceleración como “el aumento del número de episodios de acción o experiencias por unidad de tiempo” y añade “es la consecuencia del deseo o necesidad sentida de *hacer más cosas en menos tiempo*” (Rosa, 2016, pág. 31). Lo vemos en muchos ámbitos, la aparición de las citas rápidas o citas a ciegas, comida rápida y comida para llevar o directamente en el hecho de que hemos empezado a hacer múltiples cosas al mismo tiempo para *optimizar* nuestro desempeño. Como decía en la introducción de este texto, escuchamos podcast mientras limpiamos, leemos mientras vamos en el metro, vemos la televisión y leemos las noticias en el

móvil... existe una tendencia a no estar quieto, a buscar constantemente ser útil y productivo. Rosa señala que esta tendencia nos hace comer más rápido, dormir menos, llamar menos a nuestra familia... en definitiva nos hace exprimir al máximo nuestro tiempo libre, reemplazando el descanso por más tareas.

Lo mencionado en este apartado puede ser contradictorio. Si hay una aceleración de la tecnología, ¿por qué podemos sostener que existe una aceleración del ritmo de vida? ¿no nos ayuda la tecnología a reducir el número de tareas? Ya lo adelantaba en el último párrafo, efectivamente los avances tecnológicos conllevan una reducción del tiempo empleado en las tareas; representada en algebra básica, un mismo número de tareas hecho en menos tiempo debería dar como resultado una ganancia de tiempo libre sin embargo “las tasas de crecimiento” es decir, el ritmo al que crecemos (entendido como aumento de numero de tareas) “rebasan las tasas de aceleración” (Rosa, 2016, pág. 39). Podríamos concluir que a la aceleración tecnológica le acompaña un aumento de necesidades que suplir, tareas que hacer... y esto no es algo necesario (en el sentido fuerte de la palabra) sino que es así precisamente por el tipo de sociedad en la que vivimos, una sociedad encadenada al concepto de productividad, meritocracia y competencia.

1.1 Los motores de la aceleración social

Lo expuesto hasta aquí podría dar a entender que la tecnología es causa de la aceleración social, en tanto que sin un aumento de la tecnología no se daría de forma necesaria una aceleración del ritmo de vida o aceleración del cambio social. De hecho, *per se* la tecnología no es necesariamente aceleración, podríamos sostener que nada nos obliga a escuchar un podcast, mandar un *WhatsApp* o comprar por internet. Esto es bastante discutible y se discutirá más adelante, por ahora nos quedamos, como indicaba en el subapartado anterior que la tecnología trae consigo también un aumento del número de tareas y, en tanto que tal, la aceleración se ve frenada. Un incremento de tareas que crece cada vez más y más deprisa: Mandamos muchos más correos electrónicos que cartas se mandaban, viajamos mucho más que nunca, llamamos por teléfono mucho más que cuando no existían los móviles... La paradoja de la aceleración es que no tenemos tiempo, aunque ganamos tiempo en abundancia.

La tecnología es sin duda facilitadora del aumento de velocidad sin embargo no es el origen, hay algo que hacer que la tecnología crezca y eso es el hambre de tiempo. En este sentido Rosa propone tres causas u orígenes del aumento de la velocidad, a saber: el motor social o la competencia, el motor cultural o la promesa de eternidad y por último

el ciclo de la aceleración (Rosa, 2016, pág. 41). En los siguientes párrafos me dedicaré a explicar estos tres motores.

Para comenzar este análisis hay un elemento fundamental que tener en cuenta y es que este fenómeno de la aceleración se da en un contexto determinado y no se daría de la misma forma en cualquier otro. Partimos de la base de que vivimos en la modernidad de una sociedad capitalista y, sobre todo, de consumo. En tanto que sociedad capitalista debemos tener en cuenta que en este contexto van a imperar las normas económicas capitalistas. Destaco aquí pues la reducción del tiempo de trabajo como una de las formas por excelencia de ahorro de costos y por tanto una de las estrategias a las que recurrir a la hora de competir en un mercado libre. Si la tecnología nos permite reducir costos de forma sistemática y prolongada en el tiempo, y considerando como máxima del capitalismo que los inversores o propietarios de los medios de producción van a buscar continuamente aumentar su beneficio, de ahí se sigue que uno de los principales motores detrás de la aceleración tecnológica va a ser la competitividad capitalista. Esta competitividad no se refleja única y exclusivamente en el mundo de la economía y la empresa, sino que también se da en el ámbito social. Rosa plantea que mientras en épocas anteriores el prestigio social venía de factores externos como el nacimiento, esto ya no es funcional en nuestra época y es la competitividad la que en la mayor parte de esferas de nuestra vida otorga el estatus a las personas. Las personas competimos por tener mejores notas en la universidad, tener un mejor piso, más amistades, más experiencias... Lo problemático de la competitividad es que consiste en una actividad constante que no puede cesar o de lo contrario perderemos cualquier tipo de ventaja. El haber convertido todas las esferas de nuestra vida en el resultado de la competitividad ha provocado que cualquier aspecto de nuestra vida sea susceptible de participar de esta competición,

“Todos sabemos que podemos perder nuestra ventaja competitiva en la lucha por las vinculaciones sociales: si no demostramos ser lo suficientemente agradables, interesante, entretenidos y atractivos nuestros amigos – e incluso familiares – ya no nos llamarán. (...) Así se comprende que la ‘posición’ que detenta un individuo en la sociedad moderna no está determinada por el nacimiento, ni es estable a lo largo del periodo de una vida adulta, sino que se halla en permanente negociación competitiva.” (Rosa, 2016, págs. 44-45)

Como consecuencia de esto, las personas de esta modernidad y en especial de mi generación hemos desarrollado una patología que se conoce como *fomo*, que viene del inglés *fear of missing out*, miedo a quedarse atrás, a dejar pasar algo o a perderse algo. Es

habitual en las personas de mi generación que estemos continuamente refrescando las notificaciones de las distintas aplicaciones de mensajería (Twitter, Instagram, WhatsApp...) o que nos apuntemos a todos los planes que surgen por miedo a quedarnos atrás, a no disfrutar de algo o a que los demás estén más al día que nosotros, que sus relaciones sean más fuertes que las nuestras y por tanto nosotros nos empecemos a quedar atrás en esa competición. El miedo a quedarse atrás es la ansiedad social que hay tras lo que describe Rosa.

En este sentido Rosa sostiene que lo que marca una la ‘victoria’ o ‘derrota’ en esta competición son los logros, los cuales define como “tarea o trabajo por unidad de tiempo” de tal manera que “acelerar y ahorrar tiempo están vinculados directamente con una ventaja competitiva” (Rosa, 2016, pág. 45). Si conseguimos hacer más planes, estudiar más cosas, trabajar más... en menos tiempo que el resto sea con los medios que sea, podremos decir que somos más exitosos que el resto. Esto es algo que en los últimos años se ha radicalizado mucho y que es muy visible en las redes sociales donde se acostumbra a poner el listón del éxito en la vida de los *influencers*. En redes vemos videos de ellos viajando por todo el mundo, haciendo planes alucinantes uno tras otro, sin parar, *sin descanso*. Este no parar que se aplica a todos los participantes de esta competición y que como decía se logra con los medios que hagan falta provoca que la energía invertida en esta competitividad sea tal que “el mantenimiento de la misma ya no constituye un medio para llevar una vida autónoma de acuerdo con fines autodefinidos, sino que se ha transformado en el único objetivo general de la vida social e individual por igual” (Rosa, 2016, pág. 45)

Si bien la competitividad no es el único motor de la aceleración social si es el más potente. Además de la competitividad tenemos la promesa de la eternidad, una eternidad que tras la secularización de la sociedad ya no se da en la vida más allá de la vida, sino en el aquí y el ahora. Retomo aquí el concepto de vida buena. Al inicio planteábamos que lo que motivaba el análisis de la aceleración es revelar qué es una vida buena y cómo podemos llegar a vivirla. Pues bien, precisamente nuestra sociedad considera que la vida buena se encuentra detrás de este ritmo frenético, de esta acumulación de experiencias y *logros*. Es por eso por lo que, de nuevo, la reducción del tiempo que mencionaba antes es tan fundamental. Si vivir una vida buena o si nuestro objetivo es acumular experiencias, cuantas más cosas podamos hacer en el mismo tiempo, más satisfactoria será nuestra vida. Leyendo esto puede parecer algo distópico. ¿cómo alguien podría invertir todas sus

energías en competir por vivir más cosas? ¿qué clase de estatus social puede basarse en algo así? ¿y cómo no nos damos cuenta? La respuesta a todo esto ya la da Rosa con la primera parte del título de su libro: *alienación*. El problema fundamental de poner las expectativas de la vida buena en una acumulación de experiencias es que entramos en un bucle infinito ante la perspectiva de un mundo que contrario a ofrecer oportunidades limitadas, cada vez nos ofrece más y más posibilidades que completar. Un bucle sin fin en el que cada vez invertimos más energía.

Por último, como tercer motor fundamental de la aceleración estaría el propio ciclo de la aceleración. En nuestra modernidad, “la aceleración social se ha transformado en un sistema que se impulsa a sí mismo, que ya no necesita fuerzas propulsoras externas” (Rosa, 2016, pág. 50) De forma similar al primer motor inmóvil aristotélico, la aceleración necesitó de un primer empujón, pero una vez recibido, el ciclo no ha cesado en su funcionamiento y continúa girando continuamente. Las tres aceleraciones definidas anteriormente se alimentan ya solas entre ellas. Como se ve en la siguiente imagen, los motores expresados anteriormente: la competitividad del sistema capitalista y consumista y el deseo de una vida buena basada en la acumulación de experiencias son lo que provoca la necesidad de una aceleración tecnológica a la cual sigue una aceleración del cambio social que resulta en una aceleración del ritmo de vida. Ritmo de vida que no sacia su hambre de tiempo y, en consecuencia, demanda, de nuevo, un aumento de la tecnología.

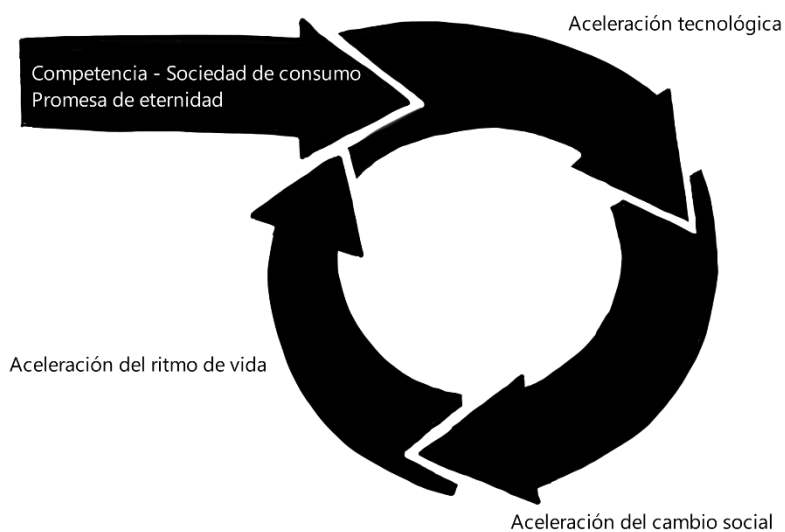


Ilustración 2 - El ciclo de la aceleración

Una vez en este ciclo, no podemos parar y, de alguna manera, nos sentimos como Sísifo, quien condenado a subir aquella piedra una y otra vez no podía escapar de su destino. Lo paradójico de este hecho y lo que nos diferencia de Sísifo es lo normalizado e interiorizado que tenemos este ciclo de la aceleración en tanto que no vemos esto como ningún tipo de castigo divino. Retomando una de las cuestiones de la introducción de este punto, ¿acaso no podemos decidir no acelerar?, ¿no podemos no enviar un *WhatsApp*? Aquí juegan dos factores fundamentales, el primero es ese *fomo*, ese miedo a quedarse atrás que nos hace que nosotros mismos nos coaccionemos para seguir acelerando y, por otro lado, la repulsa social moral que se ejerce ante el que desacelera. El sujeto moderno no es capaz de entender que alguien decida desacelerar, pues se entiende la aceleración como algo positivo. En conclusión, pese a que algunos de los factores aquí mencionados no implican por sí solos una aceleración (pues implican también una cierta desaceleración que lo compensa) la coacción tanto interna como externa que se ejerce sobre el sujeto acaba resultando ineludiblemente en ella.

1.2 El sujeto de rendimiento o *animal accelerans*

Una vez planteado cómo funciona la aceleración y cuáles son los motores que la impulsan, queda detallar cómo afecta esto a nuestra vida. Este cambio de ritmo de vida no solo ha alterado la relación entre sujetos, sino también la relación entre sujeto y objeto. Simultáneamente, a esta aceleración la ha acompañado la aparición de la sociedad consumista. La aceleración técnica produce un cambio en la lógica de producción: En la premodernidad, los objetos debían ser reemplazados cuando se rompían; en la modernidad o tardomodernidad¹, presenciamos dos sucesos genuinos. Por un lado, la aparición de la obsolescencia programada, es decir, la predeterminación de los objetos a averiarse antes de lo debido, condición necesaria para el mantenimiento de una sociedad que ahora se basa en la producción constante y cada vez más acelerada. Por otro lado, encontramos otro motivo de sustitución de los objetos, ya no por avería o consumo total, sino por un reemplazo que Rosa categoriza de moral: reemplazamos los productos antes de que se rompan ya que la velocidad de innovación y producción es tan alta que rápidamente estos se quedan obsoletos o anticuados, haciéndonos sustituirlos por una versión nueva y, presuntamente, mejor. Esto nos remite a lo comentado en la introducción de este apartado; uno de los motivos por los que una persona podría cambiar su iPhone 9 por un iPhone 12 sería evidentemente la rotura de este, pero el que nos interesa aquí es el que hace que lo cambiemos aun cuando no se ha roto, un suceso que cada vez se ha vuelto más frecuente.

Como introducía en el apartado anterior, hemos pasado del deber al poder. Nuestros actos ya no van guiados por un deber coactivo, sino que es nuestra propia libertad la que los fomenta. La subjetivación del siglo XXI nada tiene que ver con la premoderna. Han sostiene en *La sociedad del cansancio* que las sociedades ya no son disciplinarias sino de rendimiento, sustituyéndose el peso de los cuarteles, psiquiátricos y cárceles, por gimnasios, bancos y torres de oficinas. Esa maldición de Sísifo que nos hace acelerar constantemente nos afecta sin que nos enteremos y nos convierte en sujetos de rendimiento. Somos, como se habitúa a escuchar en los foros de emprendimiento, *nuestros propios jefes*. Han sostiene que la sociedad de rendimiento se caracteriza “por el verbo modal poder [*können*] sin límites” (Han, 2022, pág. 26) El sujeto producido por una y otra sociedad son bien distintos. Mientras la represiva se caracterizaba por la

¹ Aquí hago referencia a la diferenciación que hace Rosa, quien considera que nuestra sociedad no supone una ruptura total con la modernidad, sino más bien una fase tardía, una tardomodernidad.

producción de locos y criminales – de ahí el predominio de las cárceles y psiquiátricos mencionado antes – la de rendimiento se caracteriza según Han por la producción de “depresivos y fracasados”.

En esta sociedad de rendimiento, intrínsecamente consumista, la búsqueda de maximizar la producción es inherente. Tenemos que obtener tales y cuales resultados, realizar tantos informes, enviar no sé cuántos correos... Porque si nosotros no podemos, habrá otro que pueda. La competitividad del mercado laboral neoliberal nos fuerza a ofrecer un rendimiento exacerbado y asintótico, por mucho que tratemos de maximizar nuestro rendimiento nunca hay un límite. Han sostiene que este sujeto es el *animal laborans*, aquel que “se explota a sí mismo, a saber: voluntariamente sin coacción externa.” (Han, 2022, pág. 29). Este sujeto que lucha por el rendimiento está abocado a la depresión, que “(...) se sustrae, sin embargo, de todo sistema inmunológico y se desata en el momento en que el sujeto de rendimiento ya no puede *poder* más”.

Quiero hacer dos puntualizaciones importantes aquí: En primer lugar, el hecho de que nos hayamos convertido en nuestros propios jefes, es decir, que nos autoexplotemos, no significa que la sociedad neoliberal, y por ende los propietarios de los medios de producción, no tengan ninguna responsabilidad. De hecho, es precisamente la sociedad neoliberal la que nos fuerza a autoexplotarnos bajo la apariencia de libertad (y meritocracia)². En segundo lugar, este *animal laborans* “se abandona a la *libertad obligada* o a la *libre obligación* de maximizar el rendimiento”. Esto, sostiene Han, es mucho más eficaz en términos de rendimiento y producción que la explotación externa, ya que “va acompañada de un sentimiento de libertad. El explotador es al mismo tiempo el explotado” (Han, 2022, pág. 31). Ya no hay una coacción física externa, sino que la coacción es interna y es mental, es inherente a la subjetivación de la sociedad del rendimiento. El llegar a nuestro límite, ese no poder *poder* nos lleva al cuestionamiento de uno mismo y sus capacidades y también resulta en patologías tales como el *burn out*, la depresión o el síndrome del impostor, las tres cada día más frecuentes.

En este apartado sostengo que el sujeto no solo ha devenido *animal laborans*, sino que el sujeto se ha convertido en *animal accelerans*³ y, en tanto que eso, *laborans*. Lo que hay detrás de la sociedad de rendimiento no es el azar, no hemos pasado de una

² Y evidentemente el salario y la necesidad de subsistencia son un tipo de condicionamiento (¿coacción?)

³ Termino que acuño personalmente.

sociedad disciplinaria a una de rendimiento por motivos cualesquiera, los motivos, creo firmemente, son el desarrollo de la sociedad de consumo, la competitividad y sobre todo la aceleración social en sus tres variantes. Para que este sujeto de rendimiento tenga éxito en su cometido, es decir, la maximización del rendimiento, es necesaria una optimización de sus capacidades, una determinada forma de gestionar el tiempo. Esta optimización viene dada, como no podía ser de otra manera, por la aceleración. Como ya introducía, el aumento de tareas por unidad de tiempo es consecuencia de una tecnología cada vez más potente que lo sostiene. A esa tecnología le viene acompañada el desarrollo de la capacidad de realizar varias tareas de manera simultánea, el *multitasking*.

El sujeto deviene *animal accelerans* porque las formas de subjetivación de nuestra sociedad hacen que acelerar sea nuestra forma de ser. Esta aceleración asintótica y casi siempre inconsciente, nos lleva a convertirnos en sujetos de rendimiento en todas las etapas (y aspectos) de nuestra vida. Tenemos que sacar las mejores notas, hablar cada vez más idiomas, comprender las nuevas tecnologías, vivir todas las experiencias posibles, ser los mejores en nuestro puesto de trabajo... porque detrás de eso está la competitividad ya mencionada. La aceleración incrementa la capacidad individual de competir, lo que implica una especie de presión adaptativa a la aceleración. La autoconservación solo puede ser una autoconservación dinámica. Una dinámica en la que impera el “si quieres, puedes” neoliberal. Tenemos que ser los mejores para no quedarnos atrás, en las amistades, en el ámbito familiar, laboral...

Lo peor es que nadie es capaz de escapar de ello. Vemos con frecuencia cómo la gente hace grandes viajes, días de retiro espiritual, vacaciones, sesiones de mindfulness, spas y centros de relajación... y todo ello con un mismo objetivo: volver con las pilas más recargadas. Es decir, cuando no podemos más y necesitamos tomarnos un descanso, es decir, romper la dinámica de la aceleración y el rendimiento, lo hacemos con el único objetivo de poder seguir produciendo y hacerlo incluso mejor que antes. Cuando el sujeto no produce, no fortalece sus relaciones, no vive una experiencia... siente angustia. Sentarse en el sofá a hacer nada es *perder* el tiempo porque para el *animal accelerans*, el tiempo lo es todo y el rendimiento ocupa éste en su totalidad. Esta competitividad es agotadora e insostenible, por ello no es de extrañar lo que ya comentaba, el aumento de las enfermedades mentales.

Ante el abismo que supone no poder poder y ante la incapacidad de parar por completo la aceleración, el sujeto busca desesperado la manera de mantener el ritmo. Por

eso, de forma sistemática, el sujeto moderno opta por esos descansos mencionados – que no dejan de ser temporales – y por el dopaje. El sujeto ya de por sí sobreestimulado por todos los estímulos externos a los que se ve obligado a hacer frente, debe gestionar ahora los efectos de dopajes tan normalizados como la cafeína. Lo que hay detrás de esta sistematización del dopaje es un sistema “en el que la vitalidad misma (...) se reduce a la mera función y al rendimiento vitales” (Han, 2022, pág. 66). Es decir, para que el sistema funcione, el sujeto individual intercambia vitalidad por rendimiento. Para poder autorrealizarse, para poder seguir siendo ese *animal accelerans*, el sujeto trata de superarse hasta que le fallan las fuerzas, hasta que acaba consigo mismo. Autorrealización y autodestrucción son una y la misma cosa para el sujeto moderno. La aceleración a la que nos sometemos ahonda en la individualización de la sociedad consumista y acaba con cualquier posibilidad de comunidad. “Estos cansancios son violencia, porque destruyen toda comunidad, toda cercanía e incluso el mismo lenguaje” (Han, 2022, pág. 67)

2. La perspectiva ética de la aceleración social

Sirviendo el primer bloque de este trabajo como introducción y situación del lector en la dinámica bajo la que vive el sujeto moderno, en este bloque pretendo, desde un punto de vista más filosófico, analizar las implicaciones éticas que este sistema tiene y puede tener en el futuro. Para ello enfocaré la primera parte de esta sección en el análisis desde el punto de vista ético de la vida buena más que desde el relativo a las normas morales. La parte final de este apartado estará orientada a dar cobertura a los máximos exponentes de la aceleración técnica, las IAs y el transhumanismo.

2.1 La vida buena

En el apartado anterior hablaba de dos vivencias, la primera que sentimos que se nos acaba el tiempo y la segunda que vivimos más rápido que nuestros antepasados. Múltiples son las referencias en ambos sentidos, desde literarias hasta musicales y cinematográficas. Quiero mencionar especialmente dos: En primer lugar, la canción *When can i see you again* que reza, “Life is way too short to take it slow”, o en español, “la vida es demasiado corta como para tomársela con calma”. Parece que esta sea la máxima que rige la vida de nuestra generación, una perversión de algún modo del “vive el momento” del *Carpe diem*. El “vive el momento” ha pasado de ser un modo de disfrutar el instante o de no agobiarse, a ser un imperativo: **vive** el momento, no dejes pasar nada, hazlo todo. El tiempo se ha convertido en una nueva divisa, una más valiosa incluso que el dinero; comentaba al principio que precisamente una de las claves para una vida buena es el tiempo, ¿cómo vamos a disfrutar de una vida si no tenemos tiempo para vivirla? El problema que surge aquí es que hay **tanto** que vivir y las expectativas de lo que es una vida buena exigen tantas cosas que nos sentimos en la obligación de hacerlas. La vida es demasiado corta para tomarla con calma. Sobre el concepto del tiempo como divisa también encontramos muchas producciones cinematográficas que hablan de ello. En películas como *In time* las personas de ese universo distópico usan el tiempo que les queda de vida como moneda de cambio. Aunque no del mismo modo, podríamos hablar de que encontramos algo similar en nuestro mundo no *tan* distópico. El tiempo no se ha convertido en una moneda de cambio al uso, no tan literalmente como en la película, pero sí que es cierto que ha cobrado más valor que nunca. Ante el rebosamiento de tareas posibles, experiencias y tareas de rendimiento, el sujeto moderno se ve abocado a hacer el mejor uso posible del tiempo. Como ya se planteó en el apartado anterior, este sujeto vive en una carrera por hacerlo todo, por no quedarse atrás, es un hámster atrapado en una rueda de la que no puede salir, ya que eso supondría precisamente su fin como sujeto.

Menciono estas dos obras, pero no como excepción, sino como un movimiento generalizado. El tiempo, es el tema de nuestro tiempo.

Entrando ya en materia en referencia al título de este apartado, la vida buena, algo que comparto en gran medida con Rosa es la necesidad de las ciencias sociales de preguntarse por ella. No en un modo hedonista, sino en el sentido de ser capaz de analizar la sociedad para dar cuenta de sus problemáticas. Es por eso por lo que es tan importante el desarrollo de una teoría crítica que tenga en cuenta el tiempo. El concepto de vida buena, por mucho que remita al individuo, está completamente contaminado por la cultura, no es una excepción. Nuestra mentalidad no es solo nuestra, sino que es hija del contexto en el que nacemos. En tanto que tal, ¿qué es una buena vida para el *animal accelerans*? ¿a qué aspira? Como rezaba la canción que citaba al principio, “La vida es demasiado corta para tomársela con calma”, sentimos una pulsión innata a vivir el mayor número de experiencias posibles, a no dejar nada sin hacer, tenemos hambre de vida, de experiencias. Pero sentimos también una pulsión a usar las más modernas tecnologías, somos más felices al tener un móvil de última generación porque el consumo como ya introducía antes no se basa en la caducidad de las cosas, sino que es un consumo moral.

Parece, además, que este desbordamiento de experiencias posibles ataca frontalmente al concepto de proyecto vital, en tanto que primamos la acumulación de pequeñas experiencias sobre grandes proyectos. Lo que importa sobre todo es cuánto aprovechemos el tiempo, y en ese sentido, lo que se busca es la acumulación. Es una concepción de la felicidad como una vida centrada en el disfrute acelerado de las opciones del mundo, las cuales nos vemos abocados a intentar agotar. En nuestro mundo desaparecen tendencialmente todas aquellas actividades que valoramos y que realizamos por sí mismas; es decir, tienden a desaparecer las actividades que realizamos como fines en sí mismos y no como medios para no quedarnos atrás. De un modo un poco más preciso, y usando un término de Luhmann, podemos hablar de que en nuestra sociedad tardomoderna constatamos una cierta tendencia a la reestructuración axiológica, es decir, consiste en reconocer como las actividades más valiosas ciertas actividades que luego no realizamos por falta de tiempo hasta que dejamos de valorarlas. Esto es muy evidente en el ámbito profesional: las actividades urgentes, las actividades relacionadas con el ámbito de la competencia, se imponen a costa de las actividades que nos parecen más valiosas y que querríamos realizar. Del mismo modo, podríamos decir que en la sociedad tardomoderna se va perdiendo la disposición a hacer las cosas bien con el único objetivo

de hacerlas bien. “Puedo hacer las cosas bien o puedo hacerlas rápido” se ha convertido en un dicho popular. El resultado en la mayoría de los casos es que se hacen las cosas rápido. Lo necesitamos todo para ya, todo es urgente. De acuerdo con Rosa, no estamos hablando de que en nuestro tiempo libre seamos hipócritas, sino que se trata más bien de acrasia; es decir, vemos que algo es mejor que otra cosa y cogemos esa otra. Podríamos hablar de que vivimos en una acrasia estructuralmente condicionada, ya que una y otra vez vemos que una actividad es mejor que otra, pero escogemos la que tiene menos valor por falta de tiempo.

“Esta forma extraña y completamente nueva de alienarnos respecto de nuestras propias acciones resulta también, en mi opinión, de las lógicas autopropulsadas de la competición y la aceleración. (...) En última instancia, sin embargo, tendemos a olvidarnos de lo que ‘realmente’ queríamos hacer y quienes ‘realmente’ queríamos ser. Estamos tan dominados por el deseo de reducir la lista de cosas por hacer y dedicarnos a las actividades de consumo y gratificación instantánea (como ir de compras o ver la televisión) que perdemos nuestro sentido de ‘lo auténtico’, de aquello que en verdad queremos” (Rosa, 2016, págs. 161 - 163)

Realmente nos gustaría leer nuevas novelas, o escribir un libro, o aprender a tocar bien un instrumento musical en nuestro tiempo libre, pero al final no lo hacemos, nunca encontramos tiempo: siempre hay algo que tendríamos que hacer antes. Devaluamos lo que valorábamos más para ajustar nuestras valoraciones a lo que hacemos, que suele ser más rápido y fácil de cumplir. Rosa parte de la observación de que las actividades más gratificantes normalmente nos parecen muy cortas y dejan una impresión muy duradera en la memoria:

“(...) el *tiempo de la experiencia* y el *tiempo del recuerdo* tienen cualidades inversas: si haces algo que realmente disfrutas y recibes muchas sensaciones nuevas, intensas y estimulantes, el tiempo generalmente pasa con rapidez. Pero cuando uno mira hacia atrás, al final del día, inevitablemente siente que ha sido un día sumamente largo.” (Rosa, 2016, pág. 164).

Esto es lo que podemos caracterizar como un patrón temporal corto/largo. En cambio, las actividades menos gratificantes suceden de un modo lentísimo y después no dejan ningún recuerdo: así que siguen el patrón temporal inverso, largo/corto. Un ejemplo de este último patrón serían las salas de espera. Lo que sostiene Hartmut Rosa es que el patrón temporal predominante en nuestra sociedad acelerada es el de actividades que se suceden

a gran velocidad, pero no dejan un poso en la memoria: es el patrón temporal corto/corto. El paradigma de esto lo da la televisión: es la sensación de estar tres horas tirado viéndola y luego no saber ni qué se ha visto. Esta experiencia tiene este patrón temporal: el tiempo pasa muy deprisa y luego no deja nada en la memoria. Le pasa también a internet, a los videojuegos, a las aplicaciones del móvil...

“En el mundo tardomoderno de los medios de comunicación, parece que las formas clásicas larga/corta o corta/larga de experimentar el tiempo están siendo reemplazadas progresivamente por una forma nueva que, curiosamente, sigue un patrón corto/corto. (...) El tiempo pasa rápidamente en la experiencia, pero se encoge en la memoria.” (Rosa, 2016, págs. 165 - 166)

Sea como fuere, tanto si tiene que ver con la cultura audiovisual como si no, el patrón corto/corto es el que presentan todas aquellas actividades que simplemente despachamos lo antes posible o todas aquellas actividades que usamos para rellenar el tiempo libre cuando este queda reducido a pausas entre actividades urgentes. En la sociedad tardomoderna acumulamos vivencias, pero cada vez nos cuesta más formarnos experiencias. Según Rosa, las experiencias requieren una cierta trama de sentido, o lo que es lo mismo, requieren enlazar con el pasado y el futuro. Como consecuencia de la aceleración, la capacidad de hacer experiencias se va debilitando en nosotros: pasamos por muchas vivencias muy rápido y mucho más en la gran ciudad.

Cualquiera podría constatar la mayoría de situaciones planteadas en los últimos párrafos. Sin embargo, es paradójico, ya que parece que estas dinámicas de la aceleración no afectan de la misma forma a todo el mundo. Si pensamos en una persona de la tercera edad, en nuestros abuelos, por ejemplo, pensaremos en gente que no tiene dependencia alguna de las nuevas tecnologías, algunos tendrán smartphones y serán unos “modernos” pero otros muchos no, y tampoco sentirán pena por ello. Las inteligencias artificiales les son desconocidas, los videojuegos ajenos, las nuevas televisiones innecesarias y un largo etcétera. ¿por qué ocurre esto?, ¿les es ajena la aceleración? Aquí me atrevo a sostener dos tesis. La primera corresponde al núcleo de este apartado: la vida buena y la muerte. La segunda gira en torno a las diferencias del contexto social y cultural de ambas generaciones.

Tugendhat sostiene que el miedo a la muerte no se debe ni a un miedo a la finitud, ya que la vida como infinitud podría ser peor, ni tampoco a lo que llama angustia vegetativa, es decir, al terror físico que provocaría el dolor de la muerte, ya que entonces

no se explicaría el fenómeno del suicidio. Existe algo más allá de estas dos cosas por las que una persona podría desear no vivir. El filósofo sostiene que lo que nos preocupa de morir no es la muerte en abstracto y tampoco es la angustia vegetativa del morir ahora, sino que lo que nos preocupa es morir pronto. Lo que nos da miedo de la muerte es pensar que podemos morir cuando queremos seguir viviendo un poco más.

“Con respecto a la pregunta de qué es exactamente lo que tememos cuando tememos la muerte me parece que hemos ganado algo al diferenciar el temor a la muerte cercana, por una parte, de la conciencia de que una vez vamos a morir o de que en cualquier momento podemos morir y, por otra, de la angustia vegetativa ante la muerte” (Tugendhat, 2002, pág. 4)

Ante la muerte pedimos una prórroga, deseamos más tiempo porque vivir más tiempo puede dar o dar más sentido a la vida. Lo que nos preocupa de la muerte es pensar que nuestra vida no ha tenido sentido. Quizá aquí esté la clave del problema del que partíamos. Probablemente las personas de la tercera edad, nuestros abuelos, no sientan esa hambre de tiempo, de acelerar, esa angustia por experimentar, porque podrían sentir que ya han vivido todo lo que querían vivir. Con esto no quiero decir que todos afirmen haber tenido una vida feliz o plena, ni que hayan experimentado todas las cosas que deseaban. En definitiva, no es que no dejen cosas sin hacer, sino que sentirían que su vida podría haber cobrado el sentido que su tiempo les ha inculcado, o, de forma más precisa, habrían vivido de acuerdo con las expectativas de lo que es una vida buena para su tiempo⁴.

La segunda tesis que quería sostener y que viene a reforzar la anterior es que el bagaje y contexto social entre ambas generaciones es completamente distinto. Con la secularización de la sociedad se habría sustituido esa noción de que la vida verdadera se encuentra tras la muerte, tan propia de la tradición judeocristiana. Para las generaciones secularizadas, la vida que importa es la del aquí y el ahora. De esta manera, se podría explicar también por qué existe esa diferente forma de afrontar la aceleración social. A su vez estas dos tesis servirían también para explicar lo que les ocurre a las generaciones en medio de las mencionadas y a las nuevas generaciones, cada vez mas adictas y dependientes de las nuevas tecnologías.

⁴ Esto tiene relación con una mentalidad más austera y pragmática, fruto de haber nacido en una sociedad preconsumista. Aquí encontramos una diferencia fundamental y es que, las personas de estas generaciones preconsumistas no sienten la obligación moral de agotar todas las posibilidades, experimentarlo todo.

Retomando la argumentación de Tugendhat, si aceptamos que lo que de verdad nos preocupa es no aprovechar la vida, ¿en qué consiste la vida con sentido? Parece claro que no hay un contenido determinado de una vida no desperdiciada que sea universalmente válido. No hay una receta. Esto lo sabemos cómo mínimo desde Hobbes. Sin embargo, lo que sí podemos constatar es que hay ciertas acciones que dan más sentido a la vida que otras, preferimos unas y rechazamos otras. En nuestra subjetivación como *animal accelerans* lo que constatamos como más placentero, como más otorgador de significado, es precisamente esa acumulación de experiencias. Nuestro modelo de vida buena es esa que se ve en redes sociales, viajes exóticos, escapadas de fin de semana, picnics, parques de atracciones, centros comerciales... Lo paradójico es que, como se ha ido sosteniendo en este ensayo, el aumento de experiencias es asintótico, no tiene fin, siempre va a haber nuevas experiencias que hacer, nuevos planes, más gente que conocer... Por tanto, cumplir todos nuestros objetivos se muestra imposible. ¿es posible una buena vida de esta manera? Parece que en la teoría esto no sería posible. Siempre vamos a querer una prórroga para poder dar mas sentido a la vida. Esto, de nuevo, nos aboca a una insatisfacción personal. La búsqueda de una vida buena bajo los parámetros de la temporalidad moderna, realizarnos como sujeto moderno, nos aboca al fracaso y, en consecuencia: a la depresión al sentirnos desconectados del mundo, al *burn out* y los problemas de sueño al no poder alcanzar el rendimiento esperado, a la adicción a la cafeína y al recorte de horas de sueño para tener más tiempo *útil*...

2.2 IAs, transhumanismo y dominio de la naturaleza

La filosofía de la historia de Kant se fundamenta en las máximas de la Ilustración, en la racionalidad como bandera y el salir de la minoría de edad autoculpable. A priori podemos ver esto como algo positivo —si no obvio— e incluso un modelo a seguir, ¿quién no querría actuar racionalmente? La razón tiene que ver con la capacidad que tenemos de conocer objetivamente el mundo, que se contrapondría a la ignorancia, al prejuicio o la superstición. Los ilustrados pensaban que la razón permitiría a los seres humanos superar las limitaciones que nos impone la naturaleza, y las formas de opresión social que proceden de los propios seres humanos. Creían que las sociedades humanas se podían organizar mejor extendiendo el método científico a la sociedad. La ciencia permitiría conquistar los poderes de la naturaleza para nuestro propio servicio, construir una organización más justa de la sociedad.

Esta racionalidad se vio transformada en una forma más de dominio, la racionalidad llevó a lo irracional. Dado que el conocimiento científico estaba al servicio del dominio técnico de la realidad, eso conduce por sí mismo a un pensamiento que rechaza como irracional toda idea o teoría que no pertenezca a la ciencia natural y no tenga una aplicación técnica reconocible. La fe ciega en las tesis ilustradas sobre la razón conduce a un pensamiento empobrecido y reducido a la ciencia y a la técnica⁵. La actitud fundamental hacia el mundo marcada por la modernidad es una relación de dominio. Aspira a que el objeto de conocimiento quede inserto, y de algún modo, reducido, en el marco conceptual del sujeto. En este sentido todo pensamiento conceptual racional tiene cierto grado avasallador, además siempre es el paso previo al dominio.

En su filosofía de la historia Kant habla de causas finales, es decir, la historia por hacerla nosotros tiene una causa final: el progreso. Hay cierta tendencia lineal necesaria, hay un objetivo o final racional que debemos perseguir como seres racionales. Ese objetivo final que lograr mediante proyectos políticos es el desarrollo tendencial progresivo e infinito de todas nuestras capacidades. Las facultades se han desarrollado, pero todavía no ha tenido lugar todo lo que podemos hacer con ellas. El pensamiento de

⁵ Aquí estoy haciendo referencia a la crítica de Adorno y Horkheimer a los enunciados cientificistas, sobre todo, los del Círculo de Viena. Adorno y Horkheimer afirman que el dominio de la naturaleza contribuye cada vez más, con su noción de progreso, a tejer la desgracia de la que quería protegernos: el sometimiento de la humanidad a la lógica de la técnica y la instrumentalización de la razón, lo que paradójicamente conduce a una pérdida de libertad y a nuevas formas de opresión. Sostienen que la organización cada vez más racional de las sociedades tiene como efecto el empobrecimiento del pensamiento, y concluyen que una sociedad opresiva va de la mano de una cultura empobrecida basada en la atrofia de la experiencia. Véase (Adorno & Horkheimer, 1997, págs. 63 - 64).

Kant lleva a una sociedad futura y perfecta, pero es asimismo una sociedad que nunca va a llegar.

Si el progreso técnico y facultativo debe ser infinito y siempre hacia delante, esta supremacía de lo técnico y lo racional solo puede desembocar en el colapso. De hecho, en lo que acabó desembocando durante el siglo pasado es en una completa irracionalidad, esta razón ilustrada acabó produciendo desastres como el holocausto o los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki. Estos sucesos fueron tecnológicamente los desarrollos más avanzados de su época, ¿pero es en este sentido en el que debemos avanzar? Esta muerte administrativa y despersonalizada sería el resultado lógico y el *télos* histórico de una racionalización social que tiende a la burocratización y la deshumanización. La lógica despersonalizadora del pensamiento de la identidad conduce por su propia lógica al exterminio, siendo así la culminación del pensamiento occidental. Decía Ruiz de Santana que, “aquel que no conoce su historia está condenado a repetirla” y es que parece que hemos vuelto a caer en este mismo error ilustrado del progreso sin límites. El neoliberalismo nos ha llevado a una forma de sociedad asintótica en la que el progreso nunca es suficiente, el desarrollo y la innovación son el motor de nuestro momento actual.

Si aceptamos todo lo expuesto hasta este momento, el curso natural de la aceleración técnica y de las necesidades sociales asociadas a ella parecería llevarnos inevitablemente a la Inteligencia Artificial (IA) y al transhumanismo.

¿Quién no desearía que desaparecieran las enfermedades de nacimiento?, ¿quién no querría poder evitar que su hijo naciese propenso al alzhéimer?, ¿dónde están los límites éticos en la modificación genética y el transhumanismo?, ¿qué diferencia hay entre mejorar a un hijo mediante la educación a hacerlo genéticamente? ¿dónde ponemos la barrera ética en nuestra capacidad de control sobre otros? En definitiva, si fuéramos capaces de modificarnos genética y mecánicamente como especie con los avances científicos, ¿lo haríamos? En su obra *Contra la perfección*, Sandel plantea que este proyecto es a la vez promesa y problema. Promesa en tanto que nos acerca a un mundo donde los problemas de la naturaleza, como las enfermedades estén cada vez mas cubiertos, pero problema si se trata de llevar el desarrollo todavía más lejos. La diferencia entre curar y mejorar parece marcar una diferencia moral, “El problema moral surge cuando las personas usan esta terapia no para curar una enfermedad sino para ir más allá de la salud y mejorar sus capacidades físicas o cognitivas, para elevarse por encima de la media” (Sandel, 2007, pág. 11) Este elevarnos por encima de la media que puede suponer

el transhumanismo viene ligado a esa pulsión de optimizarnos. Aun en casos donde no haya riesgos ni posibilidades de dañar a la criatura, la crianza eugenésica, sea del tipo que sea, es rechazable porque pone de manifiesto una actitud de control y dominio surgida de la afirmación exacerbada de la razón ilustrada. Una actitud de control y dominio que según Sandel “no reconoce el carácter de don de las capacidades y los logros humanos, y olvida que la libertad consiste en cierto sentido en una negociación permanente con lo recibido” (Sandel, 2007, pág. 127). ¿Qué sociedad podríamos esperar en un mundo donde el avance técnico nos haya pedido optimizar nuestro propio cuerpo? Si ahora ya hacemos múltiples tareas al mismo tiempo, ¿cuántas seríamos capaces de hacer optimizados físicamente? En este sentido, el futuro se dibuja más distópico si cabe. Para Sandel el máximo problema de la modificación genética es que “la práctica generalizada de la optimización genética pudiera dificultar el desarrollo de los sentimientos morales que requiere la solidaridad social” (Sandel, 2007, pág. 137).

Frente a este planteamiento catastrofista se podría sostener que el transhumanismo sería una forma de alcanzar la igualdad entre las personas al permitir acabar de alguna forma con la aleatoriedad de la naturaleza: no importaría si una persona nace mas o menos fuerte si existe un implante que puede compensarlo. Sin embargo, este pensamiento es ingenuo y errado pues parte de la premisa de que habría un justo acceso a las mejoras corporales robóticas. Precisamente, quienes podrían permitirse estas optimizaciones serían las ya de por si clases pudientes, lo que consecuentemente provocaría un abismo aún mayor entre las clases.

Las inteligencias artificiales nos están haciendo avanzar un poco más en eso a lo que las máquinas y programas informáticos ya nos estaban ayudando, a pasar del poder al tener que⁶. Las tecnologías se han desarrollado enormemente, sin embargo, el sueño que las motivaba, ser mas libres, tener mas tiempo... no se ha cumplido. Lo que ha ocurrido es que hacemos más cosas en menos tiempo y, cada nuevo avance está enfocado a esto, a poder hacer más cosas, incluso varias a la vez y hacerlo cada vez mejor. Las IAs no escapan de esto y de hecho son un paso más en esto de la aceleración del ritmo de vida. Las IAs, de alguna forma, ponen al alcance de todo el mundo en cuestión de segundos, minutos, lo que, de normal, solo algunas personas y en mucho tiempo serían

⁶ Esto es un paso más allá de lo que se ha venido sosteniendo (el paso del deber al poder). Ahora pasamos del poder, al tener que, en línea con esa obligación moral a rendir, propia del sujeto de rendimiento y del *animal accelerans*.

capaces de hacer. Las IAs son una realidad, los equipos las usan en oficinas, los estudiantes en casa... para facilitar su vida. Lo que antes podría suponer una tarde de pensar y formular una idea, ahora las inteligencias artificiales lo hacen en cuestión de segundos y, si eres realista con las expectativas, la calidad no deja nada que desear. En este sentido me estoy refiriendo específicamente a las inteligencias artificiales generativas capaces de generar texto o bien imágenes.

En definitiva, tanto el transhumanismo (y la eugenesia) como las inteligencias artificiales son producto de lo mismo, de la ambición de dominio de la naturaleza y del sueño de la razón, los cuales producen monstruos.⁷ El resultado de ello, es pues, un mayor avance tecnológico, lo que como el lector ya podrá suponer, llevará aparejado una aceleración social y una aceleración del ritmo de vida. Responde, por tanto, a un deseo de multiplicación de rendimiento. Hipotetizando, cuando llegue el momento, ante la posibilidad de implantarse mejoras físicas, ¿quién diría que no? Puede parecer que cualquiera nos negaríamos a ello, pero, si todo el mundo empieza a aprovecharse de sus ventajas, si todo el mundo empieza a hacerse implantes y a resultar más competitivos, ¿quién se negaría a participar de ello? Ello conllevaría quedarse atrás con todas las implicaciones sociales que ya he planteado. A principios de los 2000 hubiera resultado incluso cómico pensar que alguien podría gastarse mil euros cada año o cada dos años por un teléfono móvil nuevo, hoy, es frecuente.

⁷ Aquí hago referencia al grabado de Goya, sin embargo, entiendo sueño no como el resultado de dormir, sino entendiéndolo como proyecto. El proyecto de la razón produce monstruos.

3. Conclusión: La posibilidad de futuro acelerando

La aceleración, como ya se ha visto en este texto, no afecta a todas las personas por igual, no lo hace de igual forma para los jóvenes que para las personas más mayores. Y la aceleración técnica, con máximo exponente en el transhumanismo, lo que hace es aumentar la brecha entre clases. Pero la diferenciación no acaba ahí. Existe un factor más que no se ha analizado en este trabajo: la aceleración social a quien más afecta es precisamente a quien menos tiempo tiene, a quien tiene que hacer un uso óptimo de él, esto es, a la clase trabajadora. Esto no significa que a las personas de clase alta no les afecte, porque desde luego lo hace, sin embargo, es constatable que quien se ve abocado a leer en el metro, a aprender idiomas para mantenerse actualizado, a revisar los correos en vacaciones y quien se ve obligado a parar porque no puede seguir acelerando, es la clase trabajadora. Aquí quiero retomar la referencia que hacía antes a *In time*, en su mundo, el tiempo restante de vida se convertía en divisa, lo que resulta en una sociedad en la que los magnates acaban teniendo tiempo eterno de vida, mientras los obreros, como el protagonista, se ven obligados a ganar o robar tiempo a los demás para poder sobrevivir unas pocas horas más. Si bien la película se plantea como una crítica a la distribución desigual de los recursos, podemos interpretarlo también como una crítica a la desigual distribución del tiempo.

Ante la distopía que supone la aceleración sin control y la pulsión de control de la naturaleza cabe preguntarnos, ¿qué podemos hacer nosotros? La primera impresión podría ser negarse a acelerar, decidir voluntariamente quedarse quieto. Aquí hay dos posibilidades: introducir pausas eventuales con el fin de reducir la carga de la aceleración o, en un sentido más radical, detenerse por completo. Ambos sentidos han sido ya explicados y desmontados en este texto. Detenernos temporalmente para recuperar energías no soluciona el problema, sólo nos da un leve respiro cuando nos lo tomamos en serio. Y, detenerse por completo, a nivel individual no soluciona nada, ya no solo por la condena moral que ejercería la sociedad, sino porque detenernos nosotros mientras todo avanza no hace otra cosa que dejarnos atrás, desconectarnos del mundo.

Queda patente que lo que no hay es una salida individual de esa rueda de hámster, de la tarea de empujar la piedra junto a Sísifo. La clave quizá esté en el modo en que nos relacionamos con el mundo. Rosa sostiene que “(...) inventamos tecnologías cada vez más rápidas que nos permiten ahorrar tiempo. Pero lo que tenemos que aprender ahora es que este proyecto no funciona. Nuestras condiciones de vida no mejoran con las nuevas

tecnologías.” (Rosa, 2023, pág. 18) Debemos partir de esa base, el mayor problema de la aceleración es la alienación a la que nos somete, la base de la que debemos partir para abordar este problema es ser consciente de en qué consiste y el cómo modula toda nuestra vida. El sujeto en tanto que tal, por muy individualizado que sea, es un sujeto relacional y depende de los otros. Con ese análisis crítico en nuestro bagaje, el siguiente paso debe ser formar comunidad, establecer lazos fuertes, buscar una forma otra de estar en el mundo. No existe una receta de cómo superar la aceleración, pero lo que está claro es que combatirla solos sólo nos aparta mas de la sociedad. Se trataría pues, de crear una comunidad donde podamos combatir los efectos nocivos.

Acabar con la aceleración como tal supone un reto político mas que personal, se trata de plantear en qué mundo queremos vivir, si en uno que no tiene otra opción que seguir acelerando hasta que se estrelle, o en uno donde nuestra relación con lo otro, el mundo, otras personas... sea de respeto y no de dominación y utilización. El problema será ver si existe proyecto político materializable que sea capaz de echar el freno de mano y combatir la aceleración o si, por el contrario, nos veremos forzados a una desaceleración como resultado de la crisis ecológica y climática en la que ya nos vemos sumergidos. Con este tema, como con el ecologismo, existe la tentación de denunciar la situación cual párroco, sermoneando y culpabilizando al otro, lo cual parece ser uno de los caminos mas elegidos entre los tecnófobos. El objetivo, será pues, convencer y empatizar, para lograr hacer vínculos mas fuertes y un proyecto común.

4. Bibliografía

- Adorno, T., & Horkheimer, M. (1997). *Dialéctica de la Ilustración : fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos; Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Han, B.-C. (2022). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Noys, B. (2018). *Velocidades Malignas; Aceleracionismo y capitalismo*. Madrid: Materia Oscura.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración*. España: Katz.
- Rosa, H. (2020). *The Uncontrollability of the World*. Polity Press .
- Rosa, H. (12 de Enero de 2020). Todo va tan rápido que perdemos el contacto con la vida. *El País*. (M. Bassets, Entrevistador) Obtenido de https://elpais.com/elpais/2020/01/09/ideas/1578588157_960430.html#
- Rosa, H. (2023). *¡Aceleremos la resonancia!* España: Ned Ediciones.
- Sandel, M. (2007). *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*. Barcelona: Marbot.
- Tugendhat, E. (2002). Sobre la muerte. En E. Tugendhat, *Problemas*. Barcelona: Gedisa.